

Escena del rodaje de *Azaña*, que encarna Jordi Dauder. / CRISTÓBAL MANUEL

Azaña regresa a palacio

Una película recrea la estadia del jefe de Gobierno republicano en la sede real

RAFAEL FRAGUAS, Madrid
Encontrarse hoy con quien fuera principal figura de la España republicana, Manuel Azaña (Alcalá de Henares, 1880-Montauban, Francia, 1940), cruzando la puerta del Palacio Real es una sorpresa insólita para Juan Alonso, un casi nonagenario vigoroso, que ha acudido a visitar el grandioso edificio y no acierta a explicarse lo que acaba de presenciar. "Parece un sueño", comenta con una sonrisa de perplejidad, ya que conoció al político alcaláino siendo él un muchacho. Pero no se trata de un sueño. Más bien consiste en una ficción: cinematográfica.

Dentro del edificio neoclásico, que hace 70 años fuera llamado efímeramente Palacio Nacional, se rueda el filme *Azaña*, que dirige el vasco Santiago San Miguel y produce la venezolana María Isabel Dorante. San Miguel Querejeta llevaba 25 años acariciando la idea de dedicar una película al líder republicano que mantuvo las riendas del Gobierno español durante la etapa más problemática de la historia contemporánea, el arranque de la Guerra Civil. En palacio permaneció apenas unos meses.

"Todo han sido facilidades por parte de Patrimonio Nacional", subraya San Miguel. "Sólo faltaba que nos opusiéramos a un rodaje sobre la República aquí en palacio: la historia de España es sagrada", señala con deportivi-

dad Yago Pico de Coaña, presidente de la entidad estatal que administra el edificio regio. Asiste a una escena del rodaje en un salón de la planta baja donde, junto a una mesa mantelada de damasco rojo de la época, Jordi Dauder encarna, con gravedad y soltura, el papel del político y orador alcaláino, cuya vida el actor conoce al dedillo. Su parecido es notable, tanto, que justifica el sobresalto del anciano Alonso.

El rodaje, que se despliega

San Miguel llevaba 25 años acariciando la idea de dedicar un filme al líder alcaláino

también en Guadarrama, va permitiendo descubrir facetas singulares de la rica y polidrica personalidad del más intelectual de los políticos hispanos. Aspectos negativos de su responsabilidad los tuvo, como fue el caso de los acontecimientos de Casas Viejas, en enero de 1933, que se saldaron con la muerte de 19 campesinos libertarios a manos de guardias civiles y de asalto siendo jefe de Gobierno. "Aquel episodio sangriento constituye la mácula más adversa en la imagen del político madrileño"—el director así lo subraya—. Pero remarca, sin em-

bargo, otros episodios que le correspondió domeñar y que acreditaron una estatura moral que algunos han considerado suprema, por la adversidad de las terribles contradicciones que una España enfrentada a sí misma presentaba ante él, por doquier acosado.

Bajo los focos, destaca el cuidado con el que el director supervisa hasta el mínimo matiz en la bella dicción y el sereno porte de Jordi Dauder. Escuchar las palabras que Azaña formuló al ministro Felipe Sánchez Román en el mismo escenario donde fueron pronunciadas—"o una coalición o la guerra civil"— genera un vértigo que les asigna un eco de lejanía henchida de drama.

San Miguel destaca de la personalidad de Azaña aspectos muy desconocidos. Como uno, relativo a su muerte. "Ya muy gravemente enfermo, don Manuel padeció el suicidio de su médico, Palet, tras haberle demandado antes ayuda para afrontar su propio trance postrero", cuenta el director. Otro, concerniente a su vida, versa sobre la ternura profesada por Azaña hacia su joven esposa, Dolores Rivas Cherif. La narración filmada incluye la figura Antonio Olot, personaje silencioso, que mantuvo una relación filial con Azaña y que desapareció tras la guerra. "Encarna a quienes viven la Historia sin figurar luego en su relato", remarca Santiago San Miguel.